

PATINES Y BICICLETAS



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.

PATINES Y BICICLETAS

Por Federico Villoch.

TODO vuelve. Se pone de moda una teoría política o literaria, un peinado, un color, un corte especial de traje, una canción, una frase, un sport determinado: llega a su colmo el capricho, y cuando más arraigado se le cree en el aprecio del público, empieza a decrecer lentamente, hasta desaparecer por completo, y a veces hasta se extingue de repente, sin graduación de tiempo, ni atenuación apreciables, y cuéntese entre esas modas, los hábitos, chocheos y apegos a que es tan dada la monomaníaca humanidad, como el «yoyo», el «cris-cris», etc., etc. Por lo general, lo que con más furia se coje, es lo que más pronto se deja; y cuanto más olvidado se le tiene, y más enterrado se le cree en la profunda fosa de lo pretérito, he aquí que reaparece, y, en ocasiones, con mayor fuerza e imperio que cuando hizo su primera presentación ante el mundo. De ahí el axioma incontrovertible e infinitas veces demostrado, de que «bajo el sol nada es nuevo». Todo vuelve. Y recordando el famoso soneto de Blanco White, fuerza es preguntarse uno con desconsuelo: «¿Por qué también no ha de volver la vida?».

Hace más de medio siglo, patinar era una de las más entretenidas y sojuzgantes diversiones que se conocían entre nosotros. Se patinaba tarde y noche en el Prado, en el Parque Central, en las enarenadas avenidas del Campo de Marte, y, en fin, en las aceras de las calles que por su buen estado se prestaban para ello. Los salones de las sociedades de recreo, a solicitud de sus asociados, en crecido número entusiastas de aquel sport de moda, acabaron por abrir sus puertas y convertirse en pistas de patinadores de ambos sexos, ofreciendo el más animado y cómico espectáculo con los mil lances de destrezas en que se lucían los expertos; y las caídas y encontronazos de los que se hallaban en el primer período del aprendizaje. Algunos cojos se ven por ahí de resultados de aquellas cabriolas. Los aplausos y las risotadas se confuían con el sordo y continuo rodar de los patines. Desde el Parque Central alcanzábanse a ver las parejas de patinadores deslizarse, cogidos amorosamente del brazo, a todo lo largo de los amplios salones de la Asociación de Dependientes que daban para la calle de Zulueta, cuando conjuntamente con el Casino Español ocupaba aquella democrática institución la manzana situada en-

tre la dicha calle y la de Monserrate. Había maestros que enseñaban a los neófitos, mediante una retribución convenida. Apenas asoma una propensión, una tendencia, una utopía, entre los hombres, surge el profesional adecuado para explotarla. En algunos salones, una pequeña orquesta acompañaba a los patinadores tocando valsos de Straus u otras piezas bailables que se prestaban para los vaivenes de la carrera. Ahora son los radios los que nos molestan; entonces eran los muchachos, aprendiendo a patinar en el piso de arriba; los propietarios no ganaban recomponiendo los suelos, cuyas losas se quebraban y removían con las carteras y las violentas caídas de aquéllos. Fué tanto el entusiasmo por los patines, que algunos teatros acomodaron sus salas para recreo de los amantes de aquel deporte, y alguien—creemos fué don José Roff—que vió un buen negocio en perspectiva, alquiló el terreno y levantó un salón ya expreso para el caso, en la calle de Consulado esquina a Virtudes, titulándolo «Skating Ring», que después, cuando empezó a decaer la afición, convirtióse en sala de baile, y a lo último, con un pequeño escenario que levantó en ella el maestro de piano Justo Soré, acabó en definitiva por ser el «Salón Teatro Alhambra», cuna del que después funcionó alrededor de cuarenta años consecutivos con éxito creciente. También se instaló mucho más adelante, un salón de patinar en la esquina de Prado y Animas, a donde acudía lo mejor de nuestra sociedad; abriéndose en el propio sitio, más tarde, el famoso y elegante cine al aire libre «Maxin», ya desaparecido.

Se celebraban a menudo torneos y concursos, a los que acudían patinadores de nombre a disputarse los premios. De ellos recordamos los entonces dependientes y tenedores de libros de algunos establecimientos de las calles de Muralla, Obispo, O-Reilly, etc., Justiz, Bengoa, Sanchiz, y el incomparable Santa María, primer premio en un concurso de los últimamente celebrados, por aquellos días todos ellos delgados como junquillos y ligeros como brisa leve, y que hoy suman, por el contrario, algunos cientos de libras, de caminar lento y cauteloso, no sea que tropiecen en la acera con alguna cáscara de mango y a su pesar remedan sus antiguas habilidades patinadoras: —Miren quién habla. También solemos encontrarnos en los tranvías, paseos y teatros, no pocas obesas matronas que fueron transparentes sílfides, des-

2

lizándose aéreas sobre las enceradas pistas, y causando la envidia de los tembleques y reumáticos que las contemplaban: —¡Santo Dios! ¿Y éstas son aquéllas?...

Gozaban de gran prestigio y se destacaban entre los otros, los que habían tenido ocasión de practicar aquel deporte, durante el invierno, en las heladas avenidas del Parque de New York, o en los congelados ríos y lagos de los Estados Unidos, o en las pistas heladas de expofeso para el caso, en las grandes capitales extranjeras, —aquí gracias que se compre el hielo por kilos— con patines de acero de «verdad», como les llamaban las gentes. En los circos ecuestres se exhibían números de patinadores de gran mérito. Era en verdad un ejercicio que se prestaba para lucir la gentileza, esbeltez y soltura del cuerpo humano. Jóvenes de ambos sexos de la mejor sociedad gozaban fama de excelentes patinadores. Cuando se mostraban en un salón público, se lo cogían para ellos solos, con sus rápidos y seguros deslizamientos, sus complicadas figuras y sus arriesgadas volteretas y acrobacias, lo que era premiado siempre con una calurosa salva de aplausos. Mas he aquí que de repente desaparecieron los últimos patinadores, por lo visto rumbo al Polo; esfumáronse en la niebla; cayeron en sus helados ámbitos; y no se supo más de ninguno. Sobrevino un largo período de años en que ya ni siquiera se oía hablar de patines, ni tenían éstos otra importancia que la de un juguete peligroso que las madres evitaban comprarles a sus muchachos...

Ahora la pantalla ha popularizado las habilidades de la bellísima y joven patinadora sueca Sonja Heine, y las de su émula, la no menos encantadora inglesita de trece años Miss Daisy Franklin, y el arte de patinar vuelve a entusiasmar a las gentes y ponerse otra vez de moda. Todo vuelve como dijimos. No han de tardar, pues, en abrirse de nuevo aquellas salas destinadas a la exhibición y explotación del elegante deporte que fué el encanto de los descoloridos a que hemos hecho referencia. Ya va usted descuidado por la acera, y siente, a lo mejor, una mano ansiosa que se le agarra a un brazo, poniéndolo en peligro de caer y rodar sobre el pavimento, arrastrado por una inexperta patinadora de doce años, discípula incipiente de la simpática sueca que acaba de ver en el cine de barrio. Sonja Henie y Daisy Franklin contarán dentro de poco con legiones de imitadores; y el clásico deporte sueco «reinara» otra vez victorioso sobre las heladas pistas. El Rey Carol no se quedó atrás, y ya hizo su nueva aparición en la «pista política» de su país, Rumania. A ver si otros monarcas se sienten con ánimo de imitarlo, a no ser que se abstengan, presintiendo un «patinazo»...

o O o

Otro deporte también de aquellos tiempos: el ciclismo. Acaso ningún otro cundió con más fervor y entusiasmo. Sólo pudo cortarle los vuelos el desarrollo del automovilismo. Arraigó de tal manera en sus comienzos, que hasta logró sorberles los sesos a hombres respetables por su profesión y sus años, a quienes no era raro encontrárseles dándole a los pedales por esos caminos; que en verdad no mejoraban entonces a los «del diablo». No siendo la carretera de Guanajay, hasta un poco más allá del Rincón, y la de Guanabacoa, sobre la que arrojó unos cuantos pedruscos el gobierno del General Menocal, las otras habían llegado a convertirse en una serie de derriscaderos y de furnias, que sólo se interrumpía para darle plaza a profundos y envenenados lagunatos. En España, donde las carreteras estuvieron siempre atendidas—por lo menos en el período «ante obuses» o «pre tanques»—el ciclismo contó entre sus adeptos personas conocidas en el teatro, la prensa, las artes, etc., etc. En un recorrido que hicimos por Asturias, el verano del año 92, solíamos encontrarnos por los alrededores de la Pola de Lena, caballero en uno de aquellos zancudos bicis de una rueda grande delante y otra pequeña detrás, al larguirucho y ya famoso autor y poeta cómico Vital Aza, recorriendo aquellos pintorescos valles, en los que el crecido número de los manzanos que en ellos crece, satura el ambiente de tal perfume a cloroformo, que casi se siente anestesiado el viajero. En las afueras de Madrid, y en las carreteras del Guadarrama, era cosa segura encontrarse con Celso Lucio, el chistoso autor de tantas piezas del género chico, en compañía de algunos artistas de ambos sexos de los teatros «Apolo», «Eslava», «Lara», «Romea», etc. Aquí en la Habana, el popular actor de nuestro teatro vernáculo, Regino López, con su entonces esposa—otra aplaudida artista—gustaba recorrer por las tardes los alrededores de la ciudad, en un elegante «tanden», marca americana, que poseía. Uno de nuestros amigos de juventud, alto y talentoso empleado en el gobierno de la primera intervención americana, Alfredo Villegas, también era un fanático entusiasta del ciclismo, al extremo de rendirle la vida, víctima de un ataque al corazón, en uno de aquellos paseos nocturnos que acostumbraba dar hasta horas avanzadas, por las calles de Virtudes, Belascoain, Reina, San Lázaro y otras, de las primeras que se asfaltaban en la Habana, por aquella época. Nuestros lectores no habrán olvidado aquel popularísimo fotógrafo Santacoloma —el «eterno di blanco vestido»—repórter del «Heraldo de Cuba», «El Mundo» y otros periódicos de importancia, al que se encontraba a menudo por calles y caminos, con su bicicleta y su camarilla portátil, sacando gráficos y fotografías para su copioso archivo re-

porteril, que llegó a hacerse célebre, haciéndolo rabiar con todo ello a su rival, el no menos popular Carrera, también perteneciente a otros periódicos de igual renombre. Pero Carrera, a causa de sus reumas y otros alifafes, era de a pie, y Santacoloma, de caballería, y esa ventaja le llevaba. Después, cuando se entronizó el período de la motocicleta, Santacoloma fué de los primeros en proveerse de la suya, adjunta a la cual atrastraba una góndola, en la que solía pasear a su esposa, la hija mayor del ilustre juriconsulto doctor González Llorente.

¿Qué muchacho de entonces no conoció al popular Plácido Hernández, alquilador de bicicletas, establecido en la calle de Trocadero? ¿Qué padre de ellos no sostuvo alguna vez trato con Graña, aquel famoso agente que tenía su establecimiento en la calle de O-Reilly? Uno y otro ganaron buenos dineros con los entusiastas del ciclismo. Plácido era con sus bicicletas, lo que «Canelo» con sus libros de texto: si el solicitante no tenía de primera intención dinero para pagar el alquiler de la bicicleta, y era un muchacho conocido del barrio, no se quedaba sin ella y su correspondiente paseo. Pagaría más adelante. De aquella alegre «muchachería bicicletera» —ya algunos graves varones— recordamos los hermanos Valdespino, Gustavo y Enrique; los hermanos Rivas, Rafael y Armando; Miguel Sarrapiñana; Raúl López Villalonga, hijo del doctor López Villalonga, que murieron ambos asesinados por un demente; Galletti; Romeo; y Villoch, niño; y no olvidamos los clubs de entonces, «Velo» y «Azul», ni a sus asociados Cesáreo Penagos, y Villalobos, ferretero éste de Bernaza, que ganaron en dos años sucesivos la carrera de cien kilómetros a Batabanó, ida y vuelta.

No es que desapareciese la bicicleta por completo; pero sí que fué atenuándose el entusiasmo por ella, con el foot ball, el balón-pi, la natación, el polo, el boxeo y otros deportes que con el tiempo vinieron a imponerse. Francia, como todo país viejo, amante de las tradiciones, aun conserva su «Circuito de Francia», instituido allá por los años en que la ligera y cómoda bicicleta sustituyó al pesado y molesto velocípedo de tres ruedas, y aun respeta y distingue a los campeones y triunfadores de sus rutas, de los que recordamos a Georgetti, Houlier, Petit Breton, y otros. Pero por lo que se ve al presente, patines y bicicletas vuelven a estar en el favor de las multitudes. Vendrán otra vez las pistas enceradas. ¡Oh! si aquí se pu-

diese instalar, una aunque fuera, con el piso helado, como el «Palace d'Iver», de París, y otras de New York y demás grandes capitales! Sonja Heine nos invita al vals. Viéndola en el cine, muchas «niñas bien», que van cansándose de la natación, el basket ball, etc., experimentan vivos deseos de imitarla, cosa que nos parece difícil, porque, nada más que hacerlo a medias supone una habilidad congénita, y una dedicación de muchos años para dominar esos ejercicios y desplantes con que en la pantalla nos deslumbra la bella y simpática hada del hielo... Volvamos a los patines y volvamos a la bicicleta. En alguna parte hemos leído que la vida es un reloj de repetición.

Un paseo en bicicleta por una carretera soleada y en buen estado, es como un ensueño que vuela. Diríase que el aire que refresca las sienes del ciclista y flota en torno suyo, va como desvaneciendo y transmutando el paisaje que se extiende ante sus ojos, en otro distinto, a cada vuelta de los pedales. Se desareolla en el ánimo del paseante el ansia insaciable de ver más y más, y siempre más; y eso explica que cuando el cuerpo cae rendido en una parada, se hayan dejado atrás sin darse cuenta, cientos y cientos de kilómetros. Ansia y deseo de correr muy distintos de los del automovilista; porque éste se los comunica al motor de su máquina, me-

diante un impulso a una palanca: el ciclista se los da él, personalmente, a su aparato; y es como si fuese él mismo en persona quien corriese. Cuando el abuelo le compra a su nieto una bicicleta, parece que le dice:

—Anda, corre, vuela tú, que ya no puedo...

Evocar vejezes, darle importancia a sucesos y cosas del pasado, que no la tienen, volver, en fin, al tiempo ido, les parecerá a algunos—y nos lo han advertido no pocos—ganar de perder el tiempo. Pero no todos piensan así. Vamos a dar fin a esta postal descolorida reproduciendo un párrafo de un viejo estudio de Azorín sobre la evolución de la sensibilidad, que vió la luz en su obra «Clásicos y Modernos». «Las cosas—dice el exquisito literato—que hacían reír o sonreír hace tres, seis o diez siglos—y también las que gustaban, decimos nosotros—no son las mismas que ahora provocan la carcajada; suscitan la sonrisa—o des-



piertan el interés. La marcha de un pueblo está «marcada en los libros de sus humoristas». Paralelamente a la sonrisa, evoluciona la angustia y la congoja ante el dolor. Muchas cosas que antes dejaban indiferentes a los hombres, nos apenan y angustian ahora; mañana, es decir, dentro de un siglo, de dos siglos, cosas y espectáculos ahora corrientes habrán desaparecido, y su recuerdo llenará de horror a quienes lo evoquen».

Evoquemos, pues, del pasado —decimos nosotros— aquellas cosas y espectáculos que puedan regocijarnos. Que buena falta nos hace.

Sm, Jan, 5/39



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA